José Pablo Feinmann

# Peronismo

## *Filosofía política de una obstinación argentina*

**98** **El discurso de Firmenich en Atlanta**

R=P

Suplemento especial de
Página|12

## LA MARCHA SOBRE EZEIZA NO FUE UN ACTO POLÍTICO

Dejamos atrás los discursos de Perón a lo largo de 1973. Hubo más. Podríamos haberlos publicado en un *Anexo documental*. Pero no creo en los anexos documentales. El lector los deja de lado. O los olvida. O cuando terminó no tiene ganas de leerlos. Además, ¿cómo van a estar al final si se produjeron en medio de la borrasca? Que publique aquí –en el texto– fragmentos sustanciales de discursos de Perón es porque, por decirlo así, aquí ocurrieron: en medio del texto, en medio de la trama, en medio de los hechos, mezclados con ellos. Los quiero publicar extensamente porque –aunque los he cercenado– es necesario que se conozcan con extensión. En ellos está todo lo que quería hacer Perón con la Argentina en 1973. Muchas cosas son atinadas. Pero hizo otras que fueron terribles *errores de conducción política*. ¿Por qué Perón se juega tan a la derecha ya el 21 de junio? ¿Por qué *elige* con tanta decisión, rapidez y de un modo tan tajante? ¿Por qué condena a la Jotapé? ¿Por qué le echa encima toda la responsabilidad de la masacre de Ezeiza? Como dije: el error de la Tendencia (y de su "organización hegemónica", Montoneros, que, para ese entonces, era su indiscutida conducción) cometió el error de ir a copar el acto. Esto lo vimos detalladamente. Hay quienes insisten en decir que *siempre* se va a copar un acto. Grave error: *el que crea que la marcha sobre Ezeiza fue un acto político se equivoca*. Los Montoneros lo confundieron con un acto. No entendieron al pueblo ese día, como tantos otros días hasta que dejaron de tratar de entenderlo y se olvidaron de él para transformarse en un aparato militar. Si no hay sensibilidad para advertir cómo viene la mano desde abajo mejor no hacer política. *La marcha pacífica sobre Ezeiza fue un festejo, una celebración, un jubiloso recibimiento al líder que por fin regresaba.* A un acto van distintas fracciones políticas que se disputan los mejores lugares. A Ezeiza iba el pueblo. También las fracciones políticas. Porque fue todo el mundo. Pero el objetivo no era el de un acto. Nadie competía con nadie. Esa era –sí– la fiesta de todos. ¿De dónde sacaron que era un acto? ¿Tan poco entendían al pueblo, a la gente, a la clase media enamorada del peronismo? A todos esos sectores había que sumarlos, nuclearlos, no aterrorizarlos. ¿A qué acto podía ir un papá con su hijito en hombros? ¿A qué acto podían ir cientos de mujeres embarazadas? Viejos peronistas que mostraban orgullosos el escudito del Partido, que nunca habían tirado a la basura "a pesar de las mentiras de la Libertadora". ¿Cuántos, en esa jornada única, irrepetible, rumbo a Ezeiza, vimos a montones de esos veteranos peronistas de "los días felices" caminar con la esperanza del retorno de esos días, que ahora volvían porque volvía Perón? De modo que no jodan más con que eso era un acto. Eso era un acto para los Montoneros que querían coparlo y mostrarle a Perón que eran la mayoría, que las masas les pertenecían y que eso les daba derecho a compartir la conducción.

Pero el error no tuvo la bestialidad asesina de los bandoleros del palco. Esos tipos (los que obedecían a Osinde) eran asesinos profesionales. Mercenarios. Por eso le discutimos la estrategia del copamiento a la Orga. ¿No sabían quiénes estaban arriba del palco? Todos lo sabían. Favio lo sabía. Los periodistas. Cualquiera que anduviera por ahí la noche anterior lo sabía. Se veían armas por todas partes. ¡Y qué armas! Armas que nunca habían llegado al país. Nuevas, listas para matar "zurdos". ¿No se le informó eso a la conducción de la Orga? Esos asesinos eran ya las bandas clandestinas de las que hablara el Almirante Mayorga. Eran ya la Triple A. Si era el Somatén que menciona Bonasso, no sé. No son muchas las pruebas que tiene Bonasso sobre el Somatén. Pero la realidad avala su teoría. El Somatén apareció. Ya surgió espectacularmente en Ezeiza. Ya ahí mostró su furia asesina, su sadismo para la tortura. ¿Para qué tenían que torturar en ese Hotel de la Muerte en que Favio quiso suicidarse, según dice? ¿Era necesario torturar? Para nada. Torturaron porque eran sádicos, porque estaban enfermos de sadismo y de odio. Los mercenarios de la OAS están terriblemente adoctrinados. Luchan contra el marxismo. Las patotas de los sindicatos también. Luchan contra los zurdos. La Juventud Sindical que había armado Lorenzo Miguel era temible. Llevaban un brazalete verde y se les decía "los verdes". Y si los verdes venían hacia vos mejor te rajabas porque te faenaban como Matasiete y los suyos al unitario de Echevería en *El matadero*. Estaban los del C. de O. Tenían la cabeza llena de mierda. Ahí se las había puesto Brito Lima en sus charlas sobre la "zurda peronista que se quiere infiltrar en el movimiento y tenemos que liquidarlos a todos". Osinde era un asesino. Y había sido jefe de seguridad de Perón durante sus primeros gobiernos. ¿Por qué un tipo como Osinde y no otro? ¿No sabía Perón que era peligroso darle la organización de la seguridad del acto a Osinde? ¿Qué sabía Perón? Esta pregunta es decisiva. Si se quiere *salvar* a Perón de las bandas clandestinas, de la Triple A, hay que hacer de él un viejo enfermo y sumamente distraído. Lo que intentaron hacer un poco los Montoneros con la *teoría del cerco*. "El Viejo está cercado".

## "NO SOMOS PUTOS/ NO SOMOS FALOPEROS"

¿Cómo un pobre tipo como López Rega iba a cercar a Perón? Y si se quiere ver la *verdad* hay que ver a Perón como un líder aún en dominio de su personalidad y sus decisiones. Ahí, entonces, no hay cerco que valga. La Triple A –cualquiera lo sabe– no se pudo hacer sin el conocimiento de Perón. Bonasso va más allá: dice que, en Madrid, en Puerta de Hierro, la joven Gloria Bidegain, hija de Oscar, que sería gobernador de la provincia de Buenos Aires, le escucha decir a Perón:

–Lo que hace falta en la Argentina es un "somatén".

Bonasso aclara: "El Somatén es una institución armada de Cataluña que se remonta al siglo XI, fue reflotada en 1876 por el brigadier Joaquín Mora y los patricios de Barcelona y cobró un nuevo impulso en 1923, cuando el general Miguel Primo de Rivera, padre del creador de la Falange, encabezó un golpe de Estado". Gloria es dominada por una sospecha terrible: "La idea de la Triple A no había nacido en la cabeza de López Rega, sino en la del propio Perón" (Bonasso, *ob. cit.*, pp. 595/596). Si nos atenemos a las afirmaciones terminantes de Bonasso deducimos que las pintadas *No jodan con Perón* llegaron tarde. Bonasso ya lo había hecho. Creo que insuficientemente fundamentado. No tiene otras pruebas más que las de la hija de Bidegain para el tema del Somatén. Lo que le da verosimilitud a la cuestión es que el líder justicialista es señalado por los hechos que se desatan a partir de Ezeiza y lo encuadran como el único capaz de entregarles cobertura política. En su discurso del 21 de junio Perón ya elige: la Tendencia es la culpable. Se bajan las consignas. Se inicia la etapa dogmática. Los sindicatos toman el protagonismo. ¿Por qué le bajó tan rápido el dedo a la Jotapé? Fue sorprendente. ¿Cuestionada *por quién* estaba la "juventud maravillosa"? ¿Por López Rega y los suyos? ¿Por los sindicatos? ¿Por Osinde? Sí. Pero mentían. Los que habían hecho fuego eran ellos. Pero de ellos Perón no quería librarse. De la incómoda "juventud maravillosa", sí. La Jotapé señala culpables. Pegotea por toda la ciudad unos carteles que dicen: *Éstos son los asesinos de Ezeiza*. Y ahí están las fotos de Osinde, Brito Lima y Norma Kennedy. La derecha fascista –al día siguiente apenas– había publicado en todos los diarios una enorme solicitada: *Los homosexuales y los drogadictos contra Osinde*. Lo confieso: nunca había visto algo tan grosero en la Argentina. Era una basura. Nadie, ni Onganía se había expresado así. Descubrí eso que Bonasso cuenta le dijo Alicia Eguren, con dolor y rabia, cuando lo llamó por teléfono a *La Opinión*:

–Siempre se dijo que éramos fascistas, cuando no era cierto. Ahora es verdad, Miguel: esto que vimos ayer es el fascismo.

Miguel añade que la viuda de John William Cooke tenía autoridad para decirlo (Bonasso, *ob. cit.*, p. 734). Es posible. Pero durante esos días –antes de descubrir el fascismo–, Alicia Eguren, en un reportaje, declaró (ante un aumento de tarifas de gas y electricidad en que incurrió el gobierno del Tío en plena primavera de su corto mandato) que "el gobierno de Cámpora se ha ubicado en la más completa ilegalidad revolucionaria". ¡Carajo, por un aumento de tarifas! Mirá vos, Alicia, ¿viste que "la ilegalidad revolucionaria" era otra cosa? La "ilegalidad revolucionaria" es el fascismo. No un aumento de tarifas de un gobierno popular. Alicia se preparaba para atacar a Cámpora desde su irascible izquierdismo. Y ya no estaba Cooke para enseñarle algo de política.

*Los drogadictos y los homosexuales contra Osinde*. Aquí estaba el fascismo. Este era su lenguaje. Esta frontalidad, esta injuria berreta. Esta desvergüenza para la mentira. La Jotapé sacó una consigna para responder a ese agravio:

*No somos putos*
*no somos faloperos*
*somos soldados*
*de FAR y Montoneros.*

¡Y años después aparece Sebreli para decir que la Jotapé era homofóbica! Pobre Jotapé: también era homofóbica, y hasta es condenada desde la "corrección política" de los noventa. Osvaldo Bazán retoma este tema en su novela (que cité: *La más maravillosa música*) y hace de esa consigna el eje de una historia de amor. *Esa consigna fue coyuntural.* Surgió como respuesta a la solicitada fascista de la gente de Osinde. Después no se usó más. Pobre "juventud maravillosa". Lo único que le faltaba ser: mataputos. Por favor, ocúpense de algo que sepan. La Jotapé era tan homofóbica como cualquier habitante heterosexual de esos tiempos. Y menos. Porque era libertaria. Y porque Perlongher y los suyos fueron con ella a Ezeiza. Los homofóbicos eran los fachos: eran Osinde, el C. de O., los sindicatos, los que pusieron esa solicitada. La Jotapé sólo la respondió. Pobres pibes torturados y desaparecidos. Encima de todo: ¡homofóbicos! Víctimas de la ira de Sebreli.

## EL PADRE ETERNO YA NO PUEDE NI QUIERE CONDUCIR A TODOS

Condenados desde el vamos por el Padre Eterno entienden que el Padre no ha llegado para ser el Padre de todos. *Se han formado dos bandos peronistas y Perón elige uno*. Al otro no lo recibe, no le habla, no lo conduce. En rigor, lo expulsa del peronismo. *Este padre ya no puede ni quiere conducir a todos*. Pero, ¿cómo frenar una juventud a la que se le dio tantas alas? ¿Perón creía que podía jugar con las esperanzas de la gente? "Esto lo arregla la juventud, aunque sea a patadas, o no lo arregla nadie." No se puede decir esto y poco tiempo después mandarlos a la mismísima mierda. Decirles infiltrados, que tienen puesta la camiseta peronista. *Pésima conducción política*. Oiga, general: cero en conducción política. Y juzgándolo desde sus propios parámetros. ¿Cómo un maestro de la conducción política como usted no puede imaginar algo mejor para integrar a la juventud? Yo –y muchos otros que hoy todavía están para contarla– estuve bien unido, codo a codo, con los jóvenes de superficie de la Jotapé. Fui profesor de muchos de ellos y, en algunas clases, se discutía a fondo de política. Lo juro por mi honor (que lo tengo): si Perón se hubiera manejado de otro modo, la mayoría de la Jotapé habría estado con él. Hasta los hubiera tenido pintando plazas o colaborando en los ministerios. Pero los mandó a la hoguera de entrada. No hizo casi nada por integrarlos. ¡Un conductor de pueblos que no puede integrar! ¿No era que si sólo llego con los buenos voy a llegar con muy pocos? ¿Tan malos eran los jóvenes? ¿O el viejo líder le tenía demasiada furia a la izquierda? ¿Es posible? ¿Cómo lo tuvo a Cooke junto a él (aun en la lejanía) durante tantos años? *¿Cómo no les pudo sacar la juventud a los Montoneros?* ¿Cómo pudo levantar a las pandillas lúmpenes de la derecha fascista con que contaba para atacarlos? ¿Qué creía que iba a conseguir?

Además, el raje de Cámpora es de opereta. Tratando de darle un aire masivo, José Ignacio Rucci, el *Petiso*, rodea la residencia de Gaspar Campos con unos ómnibus que no pasan de trece o catorce y dan vueltas sin cesar, como los tanques de Montgomery en El Alamein. Lo que se produce es una ilusión óptima: los micros siguen dando vueltas, pero son siempre los mismos. A Montgomery le resultó. Rucci hizo el ridículo. Sospecho que Montgomery, como genio político y estratega militar, lo superaba. Pero el conductor estratégico todo lo podía. Y Perón había venido para ser Presidente. Cámpora –para toda la derecha peronista y la del país en general– era un aliado de los Montoneros. Afuera con él. Su *lealtad* había desaparecido. Para Perón, *Cámpora se había vuelto más leal a la Tendencia que a él*. O, sin duda, compartía el proyecto de los jóvenes: el del socialismo nacional. Perón traía otra cosa en sus valijas ideológicas y no era para nada el socialismo nacional, herrumbrado en los basurales de la ideología. Caído Cámpora, la Jotapé queda desprotegida. Perón no la recibe y se pasa el día entre sindicalistas, tipos de seguridad, milicos y políticos de mala calaña. Algo hay que hacer, dice la conducción de la Tendencia.

## ¿PARA QUÉ NOS DISTE TANTA MANIJA, VIEJO JODIDO?

Lo que se hace es la movilización del 21 de julio de 1973. ¡Qué año, 1973! Nada dejó por pasar. Siempre pensé escribir un libro con ese título: *El 73*. Un poco al estilo de *El 45* de Félix Luna, que era muy bueno porque, al ser de 1972, Luna moderó su gorilismo con frecuencia desbocado y, bajo los imperativos de la época, fue más objetivo y dejó de lado sus "opiniones personales", que no suelen ser buenas. En 1972, con Perón a punto de regresar a un país que lo esperaba con fervor, era conveniente cierta moderación que favoreció al libro de Luna, altamente recomendable. También es

recomendable el detallado cuadro que Bonasso trata de la renuncia de Cámpora. Al cabo, es el protagonista de su libro. Para la Jotapé el sueño de la primavera camporista estaba muerto. Había que seguir luchando. Se elabora la *teoría del cerco*. Una boludez de aquéllas. Perón está cercado, compañeros. Está cercado por el Brujo López Rega y "la familia". Que eran Lastiri, Isabel, Normita López Rega y algún descerebrado más. "Esos" cercaban a Perón. No le llegaban ni a la más delgada suela del zapato, pero lo podían. Milagrosamente, el todopoderoso líder de las masas argentinas, era un viejo baboso y parkinsoniano. Había que rescatarlo. Mostrarle ¡otra vez! la potencia movilizadora de la Jotapé y obligarlo a que la recibiera. La conducción de la Orga dio la orden: ¡a Gaspar Campos, compañeros! Perón está preso, cercado. Hay que liberarlo. Era un delirio total. Ni siquiera tenía algo de imaginación. Bonasso confiesa que –durante esos días– decía: "Cuando rompamos el cerco nos vamos a encontrar con el Viejo, en el medio del puto cerco, esperándonos con una ametralladora". Bonasso nunca quiso al tercer Perón. Todavía hoy dice: "El tercer Perón era terrible". ¡Ah, las interpretaciones de la realidad! Cierta vez, en una cena, escuché decir a Juan Carlos Portantiero: "¡El tercer Perón era mucho menos fascista que el primero, eh!". Se basaba en esa edulcorada unidad nacional que Perón proponía desde la CGT: *Para un argentino no hay nada mejor que otro argentino*. Cierto: el primer Perón nunca habría dicho eso. Pero Portantiero se equivocaba en todo: el primer Perón no había sido fascista, ¿cómo podría el tercero ser menos fascista? Nadie es menos de algo que nunca fue. Pero el tercer Perón fue peor que el primero. La Triple A. El primer Perón estuvo siempre demasiado lejos de armar algo así. Apenas los *jefes de manzana*. Los célebres "hermanos Cardozo", torturadores. El boxeador Alberto Lovell. Algunos más. Todos agrandados por la Libertadora, que superó en poco tiempo la crueldad de Perón.

Ocurrió algo inesperado: Perón no actuó con serenidad ni con racionalidad con la Jotapé. Le dio demasiada importancia. La convirtió en su obsesión personal. Quiso destruirla, ignorarla, agredirla, ofenderla. Cualquier cosa menos integrarla, negociar. De hecho, si los jóvenes van a Gaspar Campos el 21 de julio es por su silencio. La verdad era ésa: *No iban a quebrar el cerco del Brujo López Rega, se iba a quebrar el silencio de Perón, se iba a que Perón recibiera a la Tendencia, a que se diera por enterado de que existía*. ¿Qué pasa, Viejo jodido? ¿Para qué nos diste tanta manija? ¿Para ahora escupirnos? ¿Tratarnos como delincuentes, como infiltrados, como miserables zurdos indignos de estar en el peronismo? Entonces, ¿nos usaste sin pudor, sin dignidad, mintiéndonos? Vamos a averiguarlo, compañeros. Vamos a Gaspar Campos. Si hace falta nos metemos en el dormitorio del Viejo. Pero hoy nos recibe, lo quiera o no. Más de 60.000 jóvenes marcharon por la Avenida Maipú hacia Gaspar Campos. El punto de reunión fue Puente Saavedra. ¿Agarro un vaso de agua, un micrófono y los mando a su casa? ¡Las pelotas!

## PACO URONDO: MÁS RELLENO QUE UN CANELÓN DE DOMINGO

Fue una gran experiencia. El punto de reunión era Puente Saavedra. 21 de julio de 1973. Yo dictaba *Historia del pensamiento argentino*. Tenía una cita con tres compañeros en Córdoba y Ayacucho. Parte de la Facultad de Filosofía funcionaba sobre la Avda. Córdoba. Ahora hay una plaza y una capilla. Lo único que dejaron cuando –con la *Misión Ivanisevich* en Educación, bajo Isabel y en 1974– destruyeron rabiosamente ese antro de marxistas. Incluso el ministro Ivanisevich se hizo tomar una fotografía con un pico. Lo agarraba con fuerza y lo arrojaba contra la pared. Era el acto inaugural de la destrucción. El viejo patético, macartista bobo y temblequeante, quería que lo vieran dando el primer golpe de pica a la pared del derrotado fortín de la hidra marxista. (La foto salió en la primera plana de todos los diarios. Ninguno desaprobó nada ni cuestionó la teatralidad inquisitorial del gesto.) Días antes el macarto había dado un discurso. Se dirigió –en cierto momento– a los jóvenes: "¿Qué les pasa a estos jóvenes? ¿Es que no son hijos de madre?". Y le corrían las lágrimas por sus mejillas papirosas de viejo choto y parkinsoniano, más cerca del arpa que de cualquier otra cosa que pueda existir sobre este mundo, no sólo la guitarra. Poco después, desde el *Desca*, Dardo Cabo decía: "Los peronistas podemos perder millones de votos con el discurso del ministro Ivanisevich". Uno no lo podía creer: estaban todos locos. ¿Para qué querían votos los Montoneros? Ya lo habían perdido todo. ¿Ahora se preocupaban por los votos? ¿En medio de los tiros de la Triple A? Pero esto fue en 1974. Ahora estamos en julio de 1973 y vamos a romper el cerco del Brujo López Rega. Llegan los tres compañeros. Uno trae un bombo. Yo estaba con el Renault. ¿Dónde meter el bombo? El compañero que lo había traído era alto, fuerte, musculoso, tenía una pinta de peronacho de barricada que metía respeto, por lo menos. Andaría por los 26 años. Abrí el baúl. El joven metió el bombo y fue milagroso: el bombo entró con precisión milimétrica.

–La Renault hizo estos autos para bombos peronistas –dije–. Fue una partida que salió muy buena.

–Supongo que lo compraste por eso –dijo el joven, que se llamaba Atilio. –Qué te pensás. Claro. Apenas me avisaron lo compré.

–¿La Renault te avisó que había fabricado autos para bombos peronistas?

Dije que sí.

–Andá a cagar –dijo Atilio.

Habíamos empezado mal. En media hora estábamos en Puente Saavedra. Cada uno se fue con los suyos. Miguel estaba a cargo de una columna y –como siempre– cagaba a gritos a todo el mundo.

–¡Todos en sus columnas y por el medio de la calle! ¡Nadie se sale de su columna! Siguen a los jefes de columnas y ellos les van a decir las consignas.

Ahí estaba Ernesto. Era un pibe bajito, callado, con cara de triste. Estudiaba Letras. Pero debía estar alto en algún lado. En algún puesto de superficie. A esa altura uno sabía que la Orga dictaba las líneas centrales, pero no había otro lugar donde estar sino en la Jotapé. Y los pibes de la Jotapé estaban enamorados de la Orga. "Far y Montoneros son nuestros compañeros" se cantaba en todos los actos y –a veces– abrumadoramente. Y "Si Evita viviera sería Montonera" era la consigna para cerrar cualquier arenga. "Porque esto... Porque esto... Y porque 'Si Evita viviera sería Montonera, compañeros'". Y todos aplaudían a rabiar. Ernesto estaba sentado en el cordón de la vereda. Me senté a su lado.

–Hay rumores jodidos –me dijo–. Que el C. de O. va a tirotear las columnas.

Desde las primeras páginas dejé bien claro que yo no soy un tipo muy valiente. De modo que me cagué en las patas. Pregunté:

–¿De dónde te viene esa información?

–Troxler.

Julio Troxler era subjefe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires.

–¿Y él qué piensa hacer? ¿No va a custodiar a los compañeros?

–Por supuesto. Va a hacer todo lo que pueda. Pero una emboscada se le puede escapar. –Ernesto sonrió, hizo un movimiento con la cabeza y dijo–: Miralo a Paco. Él sí que se vino preparado.

Con bigotazos, con esa sonrisa que mataba, hablando con tres o cuatro a la vez, con un sobretodo cerrado hasta el cuello y más relleno que un canelón de domingo, ahí estaba Paco Urondo.

–La de fierros que debe tener adentro de ese sobretodo –dijo Ernesto.

Empezó la marcha.

Era impresionante. Entre 60 mil y 80 mil jóvenes. Eran dos o tres columnas. Cada una llevaba un responsable al frente. El responsable empezaba a cantar las consignas y todos lo seguían. Había una chica menuda, de pelo muy negro, con cara de mala, siempre ceñuda y, para peor, con unas cejas pobladas y casi más negras que su pelo. Iba al frente de una columna y se veía hermosa cuando alzaba su brazo derecho –con la autoridad de un jefe– y les indicaba a los suyos que reanudaran la marcha, que solía detenerse. A mí me gustaba mucho. Conservo su imagen. Puedo, todavía, verla con perfecta nitidez. Debió trepar bastante en la Orga porque –a fin de ese año–, en una reunión de profesores con alumnos, cuando me propusieron para una cátedra que debía dictarse durante el verano (de 1974), dijo:

–Nosotros nos oponemos a que le den esa cátedra a él.

Estaba Gunnard Olsson.

–¿Por qué? –preguntó. Había sido uno de los héroes de las Cátedras Nacionales. Después empezó a tener problemas con su salud mental.

–Porque nos oponemos –dijo la morocha, malhumorada y durísima–. No voy a decir más. Nos oponemos.

A esa altura ya los Montos habían amasijado a Rucci y mi desacuerdo –en la Facultad al menos– era muy conocido. La Orga no me quería. Igual, no sé quién, me llamó para dar otra cátedra: *Teoría y método*. La dimos con la hoy muy vigente Alcira Argumedo, la compañera de Pino Solanas, de quien no quiero hablar mal ni criticarlo, de modo que el mejor método es no decir nada. La cuestión es que la morocha no quería saber nada conmigo porque era un cuadro de hierro de la Orga. Ni me miraba. Podía sentir su odio. Qué apasionada era esa chica. Cuánto fuego había en ese cuerpo menudo. Nunca supe más de ella. Ni bueno ni malo. Ni si sobrevivió a la tragedia ni si fue boleta. Pero uno lleva esas caras en la conciencia y si piensa que murieron, que a chicas como ésa las torturaron, las violaron y las tiraron al río, se le parte el corazón. Uno es fiel a esas caras. A todos esos jóvenes. Con muchos no estuvo de acuerdo. Ni ellos con uno. La piba morocha me odiaba. Pero nadie merecía morir como murió. Nadie merecía ser víctima del salvajismo más extremo. De un Estado sin justicia. Nadie merecía ser carne de campo de concentración. Por eso –a muchos de nosotros– nos importan los derechos humanos. Por eso viene un gobierno, nos tira un hueso en ese campo, nos juzga a algunos viejitos genocidas y nosotros adherimos. Porque además de haber perdido tantos rostros que queríamos quedamos medio tontos, o peor: bastante idiotas, cualquiera nos engaña, nunca vamos a ser tan vivos como un notero del señor Gelblung o como esos brillantes pensadores que cruzaron la vereda, y andan de frente y guapeando aunque escriban de perfil.

Y cerramos aquí y otra vez una promesa sin cumplir. Ocurrió pocas veces, pero ocurrió. No llegamos al discurso de Firmenich en Atlanta. Sucede que la escritura adquiere a menudo vida propia, y se desvía y elige entrar en zonas que a uno lo sorprenden y le gustan y sigue adelante. Ahí, ya no sabe quién dirige la cosa: si el vértigo por apresarlo todo, por no dejar nada afuera o la sensatez del relato medido, que cumpla con sus promesas. Es algo así como la lucha entre Apolo y Dioniso. A nosotros, gustosamente, la embriaguez suele atraparnos. De ahí han salido algunas de las mejores páginas. Apolo aportó las suyas, cómo no. Pero Dioniso impulsó las imprudencias, las osadías, lo que no era conveniente decir o sin más había que callar. Faltan muchas cosas así. "No hay que meterse con eso." "No te desvíes tanto." "Che, a veces te vas francamente a la mierda." "Ojo con Perón, eh." "Ojo con Firmenich." "A veces sos un provocador." "Ya sé que lo querés a Walsh. Pero tranquilo, eh. Con Walsh, tranquilo." "Y con Perón, ni hablar. ¿O no leíste esa leyenda? *No jodan con Perón*. En serio, con Perón no se jode." Supongo que Dioniso deberá seguir apoderándose de nuestra pluma, dictándonos muchas palabras, sobre todo las no dichas. O las que recién están empezando a decirse.

**Colaboración especial:**
**Virginia Feinmann - Germán Ferrari**

**PRÓXIMO DOMINGO**

**El discurso de Firmenich en Atlanta (II)**